

Los plagios de Valle-Inclán

En la reseña de «La cara de Dios», publicada en estas mismas páginas —Valle, de la entrega al esperpento», TRIUNFO, núm. 541—, me referí de paso, pero con cierto detalle, al problema de las influencias recibidas por Valle-Inclán y acusadas en su obra, insistiendo en la necesidad de replantear la cuestión rigurosamente. Lo argumentaba, primero, en razón de que Valle es, por encima de todo, un escritor de inspiración libresca, como, por otra parte, lo es la inmensa mayoría de sus compañeros de época; segundo, porque pienso que Valle elevó a la dignidad de estilo legítimo el procedimiento, e n otras manos vulgar y filibustero, de usar en su escritura materiales de derribo y desechos ajenos. Según esto, escribí entonces, Valle se valía de lo escrito por otros autores, literalmente, pero de forma que la vieja escritura, contemplada desde su ángulo grotesco, resultara esencialmente distinta o quizá inversa. «Los héroes clásicos, reflejados en los espejos cóncavos, dan el esperpento», escribía, en boca de Max, en «Luces de Bohemia», el manifiesto de su madurez literaria. Se trataba, en mi opinión, de utilizar la «mala literatura» —mala en cualquiera de los sentidos posibles— como testimonio del propio pecado. Lo escrito, la literatura es la expresión decantada de una ideología aceptada comúnmente, y en este preciso sentido es deformación, es realidad reflejada en el «espejo cóncavo». Por eso, Valle usa lo escrito, porque, como Max enseñaba, el toque está en deformar la expresión «en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España». En el espejo de Echegaray o en el de Campoamor,

Valle reflejará esa vida miserable: de Valle son sólo los focos. Por otro lado, esa misma concepción libresca, complicada en el mecanismo de una prodigiosa memoria acústica, determinó en la obra juvenil de don Ramón la presencia de un número elevado de rastros, alguna vez clamorosos, como los que, no sin cierta saña, denunciara don Julio Ca-

volucrando, por inverosímiles caminos galantes, hasta la propia Reina. ¿Tiene mucho de extraño que aprovechara, llegado el caso, para componer su fabulación o para ambientarla, motivos usados ya en otros telares literarios, o que metiera en su caleidoscopio algún cristallillo de segunda mano? Lo que nadie negará es que no hay en Valle truculento collage ni técnica

A Casanova, como a Barbey d'Aureville, D'Annunzio, Heredia o Eça de Queiroz, los lleva el joven Valle como fundidos en su memoria, en virtud de ese metabolismo galopante de que era capaz su oído mágico.

El caso de «La cara de Dios», planteado ahora por don Julio Andrade Malde —«La cara de Dios, de Valle-Inclán, un doloroso plagio», en «El Ideal Gallego», 11 de febrero de 1973—, es, desde luego, distinto. Revela el señor Andrade que el folletín de Valle se inspira en Dostoievski, y plagia literalmente diversos pasajes de su novela «Nietochka Nezvanova», todo lo cual prueba de manera irrefutable. Todo ello es cierto y el dato es, sin duda, precioso, salvo que se le atribuya una trascendencia indebida. En mi opinión, es justa su apreciación sobre la procedencia de la historia de Víctor, el paralelo entre este personaje y el Raskolnikof y, en general, que la idea del crimen procede, a grandes rasgos y en algún pequeño detalle, de «Crimen y castigo»; lo es, por supuesto, que las relaciones entre la curiosa pareja de niños procede de «Nietochka Nezvanova», así como otros detalles que el señor Andrade localiza con —y por— fortuna. Pero con ser todo ello un dato de importancia indudable, no estimo justo concluir, como él lo hace, que la aportación de Valle a «La cara de Dios» ocupa muy poco lugar, ni cifrar esa aportación en tres de los cuarenta y cuatro capítulos que forman el libro.

Supuesta la condición subliteraria de «La cara de Dios», sería más ponderado considerar esa novela como una especie de ensayo general «con todo», en el que Valle pone a punto sus personajes y su trama, al tiempo que, como es sabido, acude al buen gobierno de las tripas. Más que de Valle-Inclán, este folletín es de aquel don Alberto del Monte-Valdés con que le quin-



Valle-Inclán (retrato de Zuloaga).

sares hace mucho tiempo, y tras él, la inevitable legión de rastreadores de oficio. El caso es que Valle recreaba materiales literarios con la misma estupenda imaginación y sentido de la oportunidad con que era capaz de recrear los motivos más opacos recogidos a su alrededor. Caro Baroja ha contado no hace mucho —«Semblanzas ideales», Taurus— cómo Valle era capaz de hacer en unos minutos, con la sucinta noticia de un oscuro suicidio, una tragedia, que acababa in-

alguna que se le pareciera. Su universo literario es coherente como pocos y los heterogéneos materiales que lo integran han sido previamente tratados hasta perder la oriundez. Personalmente, por ejemplo, he comprobado el célebre plagio de Valle sobre el caballero Casanova de Seignall, y entiendo que más que el hurto y su discutida inmoralidad profesional, lo asombroso es la traza con que el talento de Valle desliza en su propia creación lo que toma de prestado.



Colección fundada por D. Antonio Rodríguez-Molina. Dirigida por D. Fernando Lázaro Carreter

NOVEDADES

- 48 Rafael Alberti
MARINERO EN TIERRA. LA AMANTE. EL ALBA DEL ALHELÍ.
Edición de Robert Murrat.
- 47 Diego de Torres Villarroel
VIDA, ASCENDENCIA, NACIMIENTO, CRIANZA Y AVENTURAS.
Edición de Guy Mercadier.
- 44 Agustín de Rojas
VIAJE ENTRETENIDO.
Edición de J. P. Reaset.

OTROS TITULOS

- 43 Vicente Aleixandre
ESPADAS COMO LABIOS. LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR.
Edición de José Luis Cano.
- 42 Antonio Machado
JUAN DE MAIRENA.
Edición de José M. Valverde.
- 38 Ramón Pérez de Ayala
TINIEBLAS EN LAS CUMBRES.
Edición de Andrés Amorós.
- 34 Benito Pérez Galdós
LO PROHIBIDO.
Edición de José F. Montesinos.
- 32 Antonio Machado
NUEVAS CANCIONES. DE UN CANCIONERO APÓCRIFO.
Edición de José M. Valverde.
- 24 Alfonso Martínez de Toledo
ARCIPRESTE DE TALAVERA O CORBACHO.
Edición de González Muela.
- 13 Francisco Delicado
LA LOZANA ANDALUZA.
Edición de Bruno Damiani.
- 3 José Martínez Ruiz, Azorín
LA VOLUNTAD
Edición de E. Inman Fox.
- 2 Pedro Salinas
LA VOZ A TÍ DEBIDA. RAZÓN DE AMOR.
Edición de Joaquín González Muela.

Sencillo	• Intermedio
70 pts.	85 pts.
•• doble	••• especial
100 pts.	135 pts.

EDITORIAL CASTALIA
Zurbano, 39, Tel. 419 58 57
MADRID-10

Siglo veintiuno de España editores s.a

Historia universal y del arte literario de la filosofía siglo de la historia teoría y crítica literaria antropología sociología política economía psicología ecología educación biología ciencia y técnica urbanismo y arquitectura teatro crítica literaria cine teatro vanguardia latinoamericana literatura latinoamericana



novedades

CHARLES BETTELHEIM

Cálculo económico y formas de propiedad

A. EMMANUEL

El intercambio desigual

N. POULANTZAS

Fascismo y Dictadura

A. D. WHITE

La lucha entre el dogmatismo y la ciencia en el seno de la cristiandad

VARIOS AUTORES

Problemas de técnica psicoanalítica

S. MELMAN

El capitalismo del Pentágono

(La economía política de la guerra)

J. MICHELET

El estudiante

EMILIO RUBÍN, 7
MADRID - 33 ESPAÑA

Teléfono 201 05 78

ARTE • LETRAS • ESPE

taesencia Pérez de Ayala en «Troteras y Danzaderas» y quizá de aquel otro don Juan Pérez del Corral, que según refiere Baroja en «Silvestre Paradox», «mentía con una tranquilidad admirable, y se creía un discípulo aventajado de Maquiavelo y del divino César Borgia...». Sin embargo, en ese ensayo están ya la mayoría de los elementos literarios, que en seguida va a emplear el autor en mayores empeños, y no sólo los característicos de las «Sonatas» y su natural derivación estética, sino otros aún tan remotos como su visión y valoración del paisaje urbano con todas sus implicaciones ideológicas y estéticas.

En este sentido, «La cara de Dios» viene a ser una fuente inapreciable para estudiar de qué manera se forma el fondo de la ideología valleinclaniana y comprobar la antigüedad de algunas de sus ideas sociales y políticas, su procedencia, su valor relativo, siempre en la mente de Valle-Inclán. No es cosa de decidir sobre una primera impresión, pero tal vez «La cara de Dios» ayudará a perfilar con considerablemente la idea que solemos tener de lo que fue el clima intelectual y la atmósfera ideológica de finales de siglo, clima y atmósferas especialmente complejos, sobre todo en relación con las grandes ideas de algún modo comunes a aquella generación literaria y muchas de las cuales —socialismo, evolución, moral nietzscheana, etcétera— son debatidas por Valle en «La cara de Dios», seguramente por primera vez.

Tiempo habrá de ver todo ello con mayor reposo, y presiento que no va a ser este plagio de Dostoiévski la única licencia a deducir del folletín que nos ocupa. Por lo demás, como sospechaba Rafael Conte, don Ramón mejoró efectivamente la traducción del maestro ruso al tiempo que la hurtaba. Lo cual no es chico atenuante, aunque lo sea

comparado con el decisivo que incluso la severidad de los penalistas acepta por bueno y exculpatorio: el aplicable al hurto famélico, del que sin dud^a es estúpido ejemplo este perpetrado en «La cara de Dios». ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

POSDATA.—Nada más suscitarse la cuestión del plagio, se informa que don Carlos del Valle-Inclán, uno de los cinco hijos de don Ramón, ha demandado a Taurus Ediciones, alegando que la edición de «La cara de Dios» carece del correspondiente permiso de los herederos. La editorial sostiene lo contrario, y así consta, por supuesto, en el copyright. Una vez más, el problema de la regulación de los derechos de autor plantea la necesidad de revisar una normativa que, al hacer depender de la voluntad de unos particulares, generalmente ajenos a la obra en sí, algo que en buena lógica debía pertenecer al dominio público, lesiona los lógicos derechos de la comunidad. ¿Es concebible, por ejemplo, que hoy por hoy no dispongamos de unas obras completas de Valle-Inclán, en base, según parece, a que la unanimidad resulta difícil entre sus cinco hijos? Tal como están regulados, los derechos de propiedad intelectual consienten y aun amparan el escándalo de que los herederos de un creador puedan privar a la comunidad de una obra, por importante que esta sea, suceso que fácilmente puede originarse en causas tan ajenas a la vida cultural y al patrimonio espiritual del país como la discusión doméstica de un cuaderno particional. Es absurdo y dañino que la legislación no acabe de encontrar el modo de compatibilizar unos derechos patrimoniales, legítimos en principio, de los herederos de autor, con la exigencia de un control público que reclama el sentido común. ■ J. A. G. M.

Isaac Montero: Luz y taquígrafos

A los veinte años, Isaac Montero obtiene el Premio Sésamo de cuentos, iniciándose así lo que podría llamarse su prehistoria literaria. Una prehistoria que se prolonga a lo largo de quince años, durante los cuales la literatura española, y más concretamente, la narrativa, se ve sometida a una serie de tensiones y transformaciones notables. A través de todo este prolongado espacio de tiempo es de suponer que Montero va perfilando su poética; sin embargo, su imagen literaria no experimenta transformación alguna en aquellos niveles donde su obra era susceptible de ser conocida (cenáculos literarios, grupos editoriales, ciertos críticos con acceso a los manuscritos, etcétera). Esta imagen fijaba a un escritor inmerso totalmente en lo que dio en llamarse «realismo crítico», corriente que tras un glorioso y efímero reinado fue destronada por un golpe de estado alevoso, cuyas buenas intenciones creo están por demostrar.

Tras una serie de peripecias (secuestro de una primera novela, Alrededor de un día de abril; trasiego de originales por editoras de vida presumiblemente truncada, publicación de dos relatos de difusión prácticamente nula), Isaac Montero publica, al fin, en los últimos días del pasado año, dos novelas que nos permiten destruir esa estereotipada imagen suya y elaborar otra nueva más compleja y más acorde con los resultados públicos de su trabajo literario.

Los días de amor, guerra y omnipotencia de David el Cailado (1) es una novela cuya ambición, a mi parecer, va más allá de sus resulta-

(1) Plaza & Janés. Barcelona, 1972. 342 páginas.

dos. Me apresuro a decir, sin embargo, que estos resultados se hallan muy por encima del nivel medio que nos ofrece la astutamente denominada «nueva novela española», de cuya mediocridad no creo dude a estas algunas ningún lector atento. Pero creo que Montero persigue algo más, mucho más que elevarse por encima de ese nivel medio. Su ambición era totalizadora: poner en pie un mundo propio, a través de la obra literaria, desde el cual analizar y reflexionar sobre las relaciones que atan al individuo a la sociedad y las repercusiones, incidencias o perturbaciones que en esta sociedad produce cualquier acto creador personalizado. La propuesta es muy sugestiva y, por desgracia, no planteada con frecuencia por nuestros artistas contemporáneos. La concepción, cuidadosamente elaborada, toma cuerpo por medio de un sistema narrativo muy apto para reflejar la complejidad del análisis propuesto y, por otra parte, lo bastante flexible para que el nivel dialéctico de la situación no resulte malparado. Yo sumaría, además, como factor positivo, un estilo sin vacilaciones, cuya madurez considero impresionante y fuera de duda.

Como tampoco duda Montero de sus objetivos finales: la transformación del mundo. El escritor, una vez aceptada la existencia no querida, adopta el disfraz de la literatura, frustrado su intento de operar mediante la acción. Esta literatura será, por tanto, medio y no fin, aunque en su misma génesis se produzca el acto modificador de aquella existencia. Es decir, el escritor no nos oculta en ningún momento que la literatura no es ya un «arma cargada de futuro», según la para mí afortunada expresión de Gabriel Celaya, sino, más sencillamente, la única arma válida puesta a su alcance para intervenir en los acontecimientos, en la marcha de la Historia, dicho sea